

les. Por esto sólo la Religión llegó á ser para los Gobiernos un medio nuevo, tan eficaz como blando, para mantener los pueblos en la obediencia; la persuasión reemplazó al temor, y las dulces insinuaciones del cristianismo hicieron sin violencia en los pueblos lo que la fuerza no hacia sino muy imperfectamente. La Religión dió á la moral mayor imperio sobre las almas; desde entónces las leyes pudieron perder sin peligro una parte de su rigor, y al fin se conoció, gracias al Evangelio, que se podia gobernar á los hombres sin tenerlos esclavizados. Para mejor asegurar la tranquilidad de los pueblos, dió la Religión más peso á la autoridad, dándole un origen sagrado, y afirmó el trono de los reyes, colocándole, como se ha dicho con tanta razon, donde el mismo Dios tiene el suyo, en las conciencias; pero igualmente distante de la tiranía que de la licencia, no prescribe ménos á los soberanos la justicia que á los pueblos la sumision; y de este modo pertenece al cristianismo la gloria de haber dado á un mismo tiempo más estabilidad á los gobiernos y más libertad á los pueblos: esto es lo que no han querido ver sus inconsiderados detractores, pero lo que no se ocultó al autor del *Espíritu de las leyes*.

¿Se quiere ahora que por un triunfo para siempre execrable, consiga la impiedad destruir la fé de los pueblos, que la Religión pierda su imperio, y que no sea más que un arma gastada y sin fuerza contra las pasiones desordenadas? Preparaos entónces á ver renacer los males que ha curado el cristianismo. Por un lado, los vicios serian más atrevidos y los excesos de toda clase más multiplicados; por otro, los medios represivos y conservadores no se hallarian más que en las leyes humanas: seria, pues, necesario, poner leyes de hierro para sujetar á un pueblo sin religion. Calabozos en lugar de altares, soldados en lugar de sacerdotes, un código de suplicios espantosos en lugar del Evangelio, y un régimen de terror en lugar de un régimen paternal; ved lo que exigiria imperiosamente el mantenimiento del orden público; y ved como ciertos novadores harian con sus sistemas de irreligion retrogradar el mundo social hácia la barbarie, y como ellos mismos son los mayores enemigos de esa libertad de que se declaran apóstoles fogosos. No hay duda, señores, un pueblo sin Religion seria indisciplinable, no podria haber para él verdadera libertad, y por querer sustraerse del dominio de Dios, se haria esclavo del hombre: sí, precisamente para los pueblos impíos han sido hechos los tiranos.

Podrá quizás suceder, que, confiados los pueblos modernos en el estudio más generalizado en el dia, de las letras, de las ciencias y de las artes, crean poder evitar por medio de ellas los peligros que les

amenazan, y aún suplir con su influencia la de la Religión misma: ¡vana esperanza! Yo estoy muy léjos de adoptar la paradoja del novelero Juan Jacobo Rousseau sobre las ciencias y las letras, y diré, al contrario, con mucho gusto, sirviéndome de los mismos términos de Bossuet, que los que las cultivan con fruto, son uno de los más bellos ornamentos del mundo. Pero sepamos libertarnos de un entusiasmo que pudiera ser tan funesto como fuera de razon. El verdadero sábio podrá ciertamente ver en las letras y en las artes las decoraciones ó algunas columnas del edificio; pero no las mirará como su cimiento. Lo que dá á la moral su más firme apoyo y asegura más la estabilidad de las instituciones humanas; lo que consuela y alivia más eficazmente las clases más numerosas de la sociedad, á los desgraciados y á los indigentes; lo que ilustra á los ignorantes sin corromperlos; lo que sin cortar su vuelo al talento le contiene en justos límites; esto es el verdadero fundamento del orden y de la justicia sobre la tierra, esto es lo que reclaman con preferencia la felicidad y la libertad pública, y esto precisamente lo que se halla en la Religión. ¿De qué sirven las lecciones de nuestras sábias escuelas para la multitud que no puede comprenderlas? ¿Y se creará acaso tampoco que las luces sean la virtud? No, señores; si la ignorancia tiene sus vicios, tambien el saber tiene los suyos; y el entendimiento tiene su intemperancia, así como el corazón. Todas esas cosas tan alabadas, pueden llegar á ser un nuevo instrumento de corrupcion, contribuir á fomentar las pasiones en lugar de precaver sus descarríos, y hacer el mal tanto más incurable, cuanto quizás se abusará de los conocimientos adquiridos para llamarle un bien. En los tiempos felices en que se honra la Religión, el talento está contenido y dirigido por su divina autoridad; hasta los espíritus más independientes se glorían de humillarse ante ella; y entre los homenajes de la multitud, apenas se perciben los insultos de algunos pocos. Pero cuando, por una degradacion, insensible al principio, y bien pronto más rápida y más manifiesta, se llega á estas épocas deplorables en que la Religión no es más que un objeto de escarnio y de desprecio, muchos de aquellos mismos á quienes la naturaleza destinaba á ilustrar á sus semejantes, se inficionarán del contagio universal; serán hijos de su siglo: extraviados por las malas doctrinas en que han sido criados y educados, se harán á su vez sus propagadores, y abusarán de su talento para acreditar errores funestos, hermoséándolos con apariencias seductoras. Entónces se forma una mezcla de ateísmo y de presuncion de ingenio, de ciencia y de barbarie, de urbanidad en las palabras y de depravacion en las cosas; entónces todas las verdades son alteradas, y todas las paradojas eri-

gidas en sistemas; las creencias son sustituidas por opiniones; y de aquí ese excepticismo, esa incertidumbre, esa anarquía de los espíritus, que prepara el camino á todo género de seducción y de tiranía. Sin ir á buscar ejemplos de esto en la antigüedad, ¿no conocemos nosotros épocas en que lo que se llama las luces, no puede salvar las naciones de los más horribles excesos, y en que el más alto grado de perfección en las ciencias se junta con el último grado de la perversidad humana? Concluyamos, pues, que pretender reemplazar la Religión con el saber, es abandonar lo necesario por correr tras de lo útil: no separemos lo que debe estar unido para el bien de la humanidad.

En lugar de contemplar la Religión por el lado más sublime, es decir, en sus relaciones con nuestros destinos eternos, sólo la he mirado por la parte ménos importante á los ojos del cristiano, es decir, en sus relaciones con los intereses humanos. No permita Dios, que yo me avergüenze del Evangelio. *Non erubescio Evangelium* (Rom. 1, 16). Pero ¿por qué el espíritu del siglo nos ha de obligar á deprimir así nuestro ministerio? ¡Ah! existe en el día un gran número de hombres que á todo se acomodarian con tal que hallasen en la tierra la fortuna y el reposo; pues bien: es preciso decirles primeramente, que sin la Religión, que tanto desprecian, ni aún conseguirán lo único que buscan; que ella es la que principalmente vela en mantener las costumbres, las leyes y la libertad, la seguridad de las personas y la conservacion de sus bienes; y que, mientras ellos quizá la insultan, ella los defiende con su poderosa proteccion: en una palabra, es necesario decirles, que si este mundo social, al que tienen la desgracia de limitar todos sus pensamientos, no estuviere vivificado por la Religión, vendria á disolverse en la anarquía ó á embrutecerse en la esclavitud; y el Rey profeta no hacia más que expresar, bajo una imagen viva y popular, una idea eminentemente política, cuando hace tres mil años decia: «Si el Señor no guarda la ciudad, inútilmente se desvela el que la guarda.» *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam* (Ps. cxxiv, 1).

Yo no ignoro, señores, que cuando el ministro de la Religión deplora alguna vez los estragos de las perversas doctrinas; cuando expresa el deseo de ver al fin detenerse los entendimientos en la carrera de la incredulidad; y cuando hace conocer cuánto ésta amenaza al reposo y á la libertad de los pueblos, como que se mira en sus lamentos y deseos cierta cosa de indiscreto y supersticioso, se le acusa de querer hacer retrogradar la generacion presente, y se cree haberlo dicho todo, alegando que es preciso caminar con su siglo: máxima

vaga y cómoda, verdadera bajo más de un respecto, pero que, á fuerza de ser aplicada sin discernimiento, puede llegar á ser muy funesta y precipitarnos en un abismo. Procuremos, señores, aclarar bien la verdad en esto; y que el uso legítimo de una máxima, tan comun en el día, no nos impida ver los males que podrian acarrear sus falsas aplicaciones.

En efecto, en las cosas indiferentes que el tiempo hace nacer y morir, en aquellas cosas abandonadas á las investigaciones, á las combinaciones, y, en cierto modo, á los caprichos del entendimiento humano, marchemos con el siglo; convengo en ello. En aquellas, por ejemplo, en que descubrimientos brillantes hayan engrandecido el imperio de los conocimientos humanos, derramado una luz más viva sobre los diferentes ramos de las ciencias naturales, y desterrado las antiguas teorías para fundar otras nuevas, no nos obstinemos contra la experiencia, ni disputemos á nuestros contemporáneos la gloria que les pertenece; marchemos con el siglo. En lo respectivo á los nuevos usos, á las nuevas necesidades y á las nuevas relaciones de familia á familia y de pueblo á pueblo, que hayan podido introducir los progresos de las artes, de la industria y del comercio, dando, digámoslo así, al mundo una faz ántes desconocida; en lo respectivo á aquellas variaciones más ó ménos grandes que el imperio del tiempo, que gasta y destruye todo lo que es humano, haya podido introducir en las leyes y en las instituciones, no insultemos la memoria de nuestros padres que habrán podido muy bien ser tan sábios como nosotros, pero tampoco tomemos á la Edad media sus costumbres y su legislación; en esto marchemos también con el siglo. Pero cuando las doctrinas perversas, ocultándose bajo un hermoso nombre, continúan corrompiendo las generaciones nacientes; cuando se afecta hablar de moral para ultrajar mejor la Religión, que es su apoyo más firme; cuando con solo no ser cristiano se cree ser filósofo; cuando se llaman luces las que no son más que tinieblas, y cuando se tiene por progresos de la razón lo que no es más que su delirio, marchar entonces con el siglo, lejos de ser sabiduría, es debilidad de alma ó de carácter. Aquí es donde el ministro de los altares, donde el padre de familias, el maestro de la juventud, el literato y el sabio, deben formar una santa liga contra los sofistas. ¡Ah, señores! El camino hácia el mal es tan rápido, y el hombre sufre tan mal todo freno, que si aquellos que, por su carácter, por sus dignidades, su edad y sus conocimientos, están naturalmente destinados á la conservacion de las buenas doctrinas y de las buenas costumbres, no las defienden con valor, bien pronto caerá toda la sociedad en el desorden y en la confusion.

Traed á vuestra memoria, no esos hombres célebres que, embriagados de una falsa gloria, han hecho resonar su nombre en todo el universo llenándole de desastres y de calamidades, sinó esos hombres verdaderamente grandes y que más han honrado á la especie humana por sus virtudes ó por su ingenio, y vereis que, en lugar de marchar ciegamente en todo con sus contemporáneos, han empleado casi siempre todos sus esfuerzos en detenerlos en su insensata carrera. ¿Qué hacian antiguamente Focion en la tribuna, Sócrates por medio de sus lecciones, Caton en medio del senado, y Ciceron en sus obras filosóficas? Luchaban contra los que adulaban al pueblo, contra los corruptores de la moral, contra los despreciadores de las antiguas máximas y contra los enemigos de las doctrinas religiosas. ¿Qué hacian tambien en la antigüedad los Licurgos y los Numas, en la Edad media un Carlomagno y San Fernando, y en tiempos más modernos los Jimenez y los Sully? Luchaban para contener, por medio de las leyes, los vicios y la ferocidad de la multitud, para desarraigar los abusos y las malas costumbres, y para comprimir la licencia y la rebelion. ¿Y qué han hecho los santos é ilustres personajes de que se honra la Iglesia cristiana, desde los Benitos hasta los Vicentes de Paul, y desde los Augustinos hasta los Ligorios? ¿Estudiaron acaso los errores de su tiempo sólo para profesarlos, la corrupcion pública sólo para lisonjearla, la ignorancia sólo para respetar sus tinieblas, y la relajacion de costumbres y de la moral sólo para dejarse arrebatarse por ella? No, ciertamente, sinó al contrario, con sus escritos, con saludables reformas y con sábias instituciones, se opusieron al torrente de las malas doctrinas como de las malas costumbres, y la historia atestigua el buen éxito como los esfuerzos de su noble valor.

Así, pues, señores, demos al siglo lo que tiene derecho á reclamar; pero sepamos rehusarle lo que no podría obtener sinó para su ruina y la de las edades siguientes. Si aún los espíritus de un orden superior deben en ciertas cosas acomodarse á su siglo, tambien en otras muchas deben dominarle, sujetarle, detenerle en sus extravíos y hacerle marchar por las sendas de la sabiduría y de la verdad. A las clases elevadas é ilustradas de la sociedad pertenece hacer triunfar las buenas doctrinas: este es su destino, este es el vuestro, señores; la pátria y la Religion os llaman á cumplirle, y fieles á su voz no defraudareis sus esperanzas. No hay salvacion para nosotros; sinó en esas doctrinas sanas y conservadoras del orden y de la justicia; y la Religion es la que todas las guarda y las enseña. Reine ella en los corazones para apagar los ódios y las disensiones; reine en las familias para mantener en ellas la paz y las buenas costumbres; promueva

la humanidad en el rico, la resignacion en el pobre, la integridad en el magistrado, la obediencia en los pueblos y en todos la probidad, y entónces, sólo entónces, podrá la autoridad ser tutelar sin ser violenta, y la seguridad pública podrá hermanarse con la libertad de todos. Si; por la sabiduría, que no es otra cosa que una religion ilustrada y sincera, nos vendrán todos los bienes á un tiempo, como dicen nuestros libros santos (SAP. VII, 11), y nuestra nacion, á pesar de sus desgracias, volverá á ser lo que debe ser, la primera de las naciones civilizadas.

Si mi voz es demasiado débil para hacer prevalecer estas grandes verdades, puedo, al concluir, apoyarme en los ejemplos y en la autoridad del santo rey Fernando. ¡Cuánto imperio no ejerció sobre su siglo y sobre los siguientes! Puede verdaderamente decirse que su reinado fué el reinado de la Religion misma. Ella fué la que le inspiró tantas reformas atrevidas, tantas leyes llenas de sabiduría y de fuerza, tantas fundaciones tan preciosas para la humanidad, ó tan favorables á los progresos de los conocimientos humanos; y ella la que, dirigiendo sus acciones, tanto en la paz como en la guerra, le hizo el padre de su pueblo, y la admiracion de los infieles. ¡Cómo se manifiesta toda su alma regia y cristiana en las instrucciones que dió al heredero de su corona! En ellas le recomendó este buen rey dedicarse á la felicidad de su pueblo; pero, para hacerlas más inviolables y sagradas sus obligaciones, le presentó la Religion como su regla suprema, y puso á la cabeza de sus deberes los que le estaban impuestos para con el Señor soberano de los reyes y de los vasallos. Esta augusta leccion estaba impresa en el alma del monarca que el cielo tenia como de reserva para sondear y curar todos nuestros males, y que tendria en cierto modo en nada ser sucesor de San Fernando, si no representase en su persona sus reales virtudes. Viva tanto como lo desea nuestro amor; y merezca más y más la gloria de ser llamado en la posteridad más remota el restaurador de la Religion, de las buenas costumbres, y por ellas de la monarquía. Así sea.